

E

En América latina, en otras regiones en vías de desarrollo, y en cierta medida en el mundo entero, está dándose el fenómeno del cuestionamiento de la democracia representativa, formal o liberal, como marco supuestamente inadecuado para una auténtica participación de los pueblos en las decisiones y en el disfrute del patrimonio colectivo. En la porción geográfica septentrional de Sudamérica, en América Central y el Caribe han surgido corrientes autoritarias resultantes del descontento social de capas medias y pobres. Si bien es cierto que en algunos países del Asia y África han ocurrido avances hacia un mayor liberalismo político, en otros se están produciendo retrocesos hacia moldes autoritarios. En Europa, por fin, el ascenso de movimientos y corrientes xenófobos y populistas a su vez refleja una creciente insatisfacción ante los logros de una democracia representativa dominada por partidos políticos tradicionales, de corte social-demócrata, demócrata cristiano o liberal.

Hace una década, existió una situación muy diferente de la actual, con respecto al prestigio de la demócrata liberal. La mayoría del género humano creía en ella y la veía como puerta de entrada a un mundo más libre y más justo. En América Latina estaba aún vivo el recuerdo de las dictaduras militares, inhumanas y crueles, surgidas en las décadas de los sesenta y setenta y entradas en crisis a partir de 1984. Era evidente que dichas dictaduras -presuntamente desarrollistas y favorables a la empresa privada- no habían logrado hacer avanzar económica y socialmente a sus respectivos países. Por otra parte, la caída del bloque soviético y del modelo comunista internacional en los años 1989 a 1990 infundió al mundo entero la esperanza de una era de armonía y progreso universales bajo la égida de la democracia política de tipo occidental y con base en la economía de mercado mundializada.

La búsqueda de una democracia nueva

DEMETRIO BOERSNER

La democracia, si quiere sobrevivir y no caer, desprestigiada ante el embiste de fuerzas autoritarias, está obligada a efectuar un viraje desde un enfoque meramente representativo e individualista a un mayor énfasis en la participación y la equidad social.

Democracia y globalización neoliberal

El auge democrático post-dictatorial de América Latina estuvo dominado por una dirigencia política convertida al paradigma triunfante de la globalización neoliberal. El desmantelamiento de los dirigismos estatales nacidos del anterior paradigma regional de la sustitución de importaciones y la redistribución de los ingresos, fue acogido como requisito *sine qua non* para la "modernización" y la "inserción" en la economía global de los nuevos tiempos. La mayoría de los gobernantes de la región en aquel momento aceptaron, por lo menos en cierto grado, la teoría del "trickle-down" ("goteo desde arriba hacia abajo"): la idea de los economistas liberales y neoliberales, de que el producto de los esfuerzos económicos realizados en el marco de un mercado exento de regulaciones, tenderá a beneficiar, gradualmente, a todos los estratos sociales, por un efecto benéfico inherente a la propia naturaleza del mercado.

Diez años más tarde, estas expectativas optimistas han quedado desmentidas por la evolución de los hechos. Es verdad que Latinoamérica, a partir de 1990, ha logrado mejorar su posición macroeconómica y reducir en algo el peso aplastante de su deuda externa. Las cifras de los organismos financieros internacionales indican un crecimiento promedio del 2% de las economías de la región durante la década transcurrida. Sin embargo, en el mismo lapso, creció enormemente el número de pobres e indigentes latinoamericanos, y el ingreso regional se concentró en las manos de élites cada vez más reducidas. Obviamente, no funcionó el efecto del "goteo hacia abajo". El optimismo neoliberal se basa en la presunción irrealista de la existencia de un mercado con competencia perfecta, en el cual podría tener libre juego la "mano invisible" equilibradora. De hecho, el carácter oligopólico de las estructuras económicas actuales deforma los mecanismos de mercado por la introducción de ventajismos a favor de determinados intereses predominantes. Por otra parte, el carácter esencialmente especulativo de las inversiones privadas, tanto nativas como foráneas en la región, ha dado un cariz parcialmente ficticio al cre-

cimiento macroeconómico latinoamericano: la expansión se concentra en el sector financiero y no baja debidamente a los sectores generadores de empleo y de consumo. Decididamente hacen falta en América Latina como en otras partes del mundo contemporáneo, regulaciones que corrijan las deformaciones señaladas, sin llegar al extremo de dificultar y desalentar la inversión privada en sí. Ello está siendo reconocido hasta en círculos inter o transnacionales que hasta hace poco pregonaban la libertad financiera más irrestricta: las diversas crisis financieras de los años noventa (la de México, la de Brasil y las de Asia Oriental) han causado nuevas modificaciones paradigmáticas. El péndulo de las tendencias doctrinarias en materia económica, después de girar totalmente hacia el extremo liberal en 1990, para el año 2000 está de regreso hacia un moderado intervencionismo público (que de algún modo evite los inconvenientes inflacionarios y burocratizantes del modelo keynesiano de los 1930-1980).

Viraje de la democracia

Teóricamente, tal nuevo reconocimiento del papel del Estado o del sector público en la vida económica debería dar nueva vigencia a las formaciones políticas democráticas de centroizquierda, y particularmente a las de tipo socialdemócratas. Efectivamente, ello está ocurriendo en los países del Cono Sur sudamericano que todavía recuerdan un pasado dictatorial y militarista relativamente reciente, y cuyos partidos democráticos conservan el prestigio ganado en la resistencia a la tiranía. Pero distinta es la situación política en la porción septentrional de América Latina, gobernada desde hace varias décadas por partidos democráticos ya desgastados en el poder y alejados de sus orígenes gloriosos.

Al mencionado desgaste en el poder, se añade la existencia de una campaña internacional incesante y muchas veces exagerada contra "los partidos políticos tradicionales", la "clase política" (término infeliz, inventado por las escuelas de Raymon Aron y de Jean Francois Revel), y el omni-execrado "populismo" en cuya condena se unen los neoliberales con "filósofos" de la

"posmodernidad". Los beneficiarios de la campaña son, en todo caso, la derecha económica y -lo que es más grave- los ponentes de nuevos autoritarismos.

En el norte de Sudamérica, observamos a un Fujimori empleando tácticas ventajistas para prolongarse en el poder, a un Hugo Chávez hablando el lenguaje de corrientes mesiánicas extremistas, y a una constelación de fuerzas guerrilleras colombianas cuyo nacionalismo revolucionario (presuntamente "bolivariano") sin duda apunta más hacia el modelo soviético que hacia el sueco. Son tendencias diversas, pero que tienen en común el hecho de no ser democráticas pluralistas. La democracia representativa europea, por su parte, no obstante el haber sabido mantener el más alto grado de relativa equidad social hoy existente en el mundo en combinación con un elevado nivel de prosperidad económica, está sufriendo el embate de fuerzas xenófobas de corte fascista o de inspiración neonazi. Aparte de la causa objetiva que constituye la tasa de desempleo demasiado alta y la presión sobre la "Fortaleza Europea" de importantes tasas migratorias del Este y del Tercer Mundo (incluidos latinoamericanos con doble nacionalidad), la nueva tentación totalitaria europea también se ve estimulada por la propaganda mundial neoliberal-neofilosófica arriba mencionada contra los "partidos tradicionales" y la "clase política".

No cabe duda de que, tanto en Europa como en Latinoamérica, ha llegado a su final la década de las ilusiones democráticas de signo neoliberal e individualista. El costo social de la liberalización económica ha resultado demasiado alto. Es urgente volver a algún grado de regulación de las dinámicas socioeconómicas por el sector público (evitando esta vez las exageraciones inflacionarias y burocráticas de experiencias pasadas). La democracia, si quiere sobrevivir y no caer, desprestigiada, ante el embiste de fuerzas autoritarias, está obligada a efectuar un viraje desde un enfoque meramente representativo e individualista a un mayor énfasis en la participación y la equidad social.

DEMETRIO BOERSNER

Exembajador de Venezuela.
Doctor en Ciencias Políticas